

«CIEN AÑOS DE 'LA REGENTA'»

■ El profesor Martínez Cachero analiza la novela de «Clarín»

Examinar, partiendo de testimonios de la época, la acogida que tuvo, por parte de la prensa, crítica y público españoles, la aparición de *La Regenta*, de Leopoldo Alas, así como analizar otros aspectos fundamentales de la novela, como la denuncia social de su tiempo, de las falsedades de las gentes que rodearon a su autor, y otros temas más relacionados con la estructura de la obra, ha sido el contenido del ciclo que, con el título de «Cien años de *La Regenta*», impartió el pasado octubre en la Fundación, José María Martínez Cachero, catedrático de Literatura Española de la Universidad de Oviedo.

Ofrecemos seguidamente un extracto de las cuatro conferencias del ciclo.

Es a raíz del asentamiento ovetense de Alas cuando podemos datar el comienzo de la gestación inmediata y de la redacción de *La Regenta*, tarea alternada con el trabajo de cátedra y con las colaboraciones periodísticas, y realizada con rapidez grande, según el testimonio del propio autor. Para los comienzos del otoño de 1884 debió entregar «Clarín» el original del primer tomo de *La Regenta*, cuya impresión estuvo lista en los últimos días de ese año y la salida a la luz pública (librerías, prensa) en enero del siguiente. El tomo segundo estaba casi concluido en febrero de 1885.

Al abordar el tema de la recepción de *La Regenta* conviene establecer distintos apartados clasificatorios. Por un lado, la recepción *epistolar*. Pereda, en carta a Menéndez Pe-



JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO nació en Oviedo en 1924. Es catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y Profesor visitante en las Universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en la obra de Leopoldo Alas, ha publicado, entre otros muchos trabajos, *La novela española entre 1936 y 1975* y *Las novelas de Azorín*. Fue Secretario del Departamento de Creación Literaria de la Fundación Juan March de 1977 a 1979.

layo (la dirigida a Alas —si se conserva— permanece inédita), reconoce la existencia en «Clarín» de «un novelista de empuje». Menéndez Pelayo celebra, por su parte, el estilo («me ha parecido enteramente maduro y mucho más amplio y flexible que el que había usado usted en sus obras críticas», le indica en una carta dirigida a Alas) y califica de «muy sabroso» el diálogo. Tenemos también el testimonio de Galdós, cuya admiración por el talento narrativo de Alas y por los méritos

de *La Regenta* consta fehacientemente en el prólogo que escribió para la segunda edición de esta novela.

Creo que no cabe justificar elogios a *La Regenta* aduciendo que quienes se manifestaban de este modo eran escritores agradecidos al crítico «Clarín», temerosos de su veredicto y que, por ello, hinchaban hasta la exageración su presumible complacencia de lectores. Distintamente, alaban pero también advierten al novelista, y superan con mucho las alabanzas ya tópicas para ofrecer en sus cartas cumplida muestra de una lectura atenta y entusiasta.

Está, por otra parte, la *recepción en la prensa*. Puede presumirse que la aparición de ambos tomos de *La Regenta* tuvo, en su momento, amplio eco en la prensa española, en forma de gacetillas, reseñas y comentarios más extensos, consecuencia todo ello si no del aprecio concedido a la obra, sí del renombre (a esas alturas cronológicas) de su autor, el conocido, temido y odiado crítico. Un repaso a las críticas sobre la novela (de Jacinto Octavio Picón, Antonio Lara y Pedrajas, Luis Morote, entre otros) daría como hecho incontrovertible, pese a los reparos y advertencias, que los críticos de *La Regenta* están de acuerdo en reconocer y proclamar la calidad, excepcional en muchos aspectos, del talento narrativo de Leopoldo Alas y, asimismo, de acuerdo en la alegría que les produce la incorporación del hasta ahora famoso crítico literario a las filas de los cultivadores españoles de la novela realista.

Hubo también casos de recepción negativa para *La Regenta*: así el del agustino Fran-

cisco Blanco García, cuyo texto censorio tanto ha escandalizado a muchos lectores y fervorosos de Alas; u otros que, molestos por algún aspecto de su actitud como crítico literario o por el conjunto de su obra, le salieron al paso con ánimo polemizante: Bonafoux, Máinez y Luis Siboni.

¿Una novela de clave?

¿Es *La Regenta* una novela de clave? Formular esta pregunta no es sino proponer una hipótesis de trabajo poseedora de algún fundamento, cuyo examen puede resultar útil en cuanto al modus operandi del narrador Leopoldo Alas y, asimismo, en cuanto al sentido (uno de ellos, no el único) de *La Regenta*. Dan pie para hacerse tal pregunta unos cuantos testimonios, diversos entre sí por la época de que datan tanto como por la autoría de los mismos: el propio Alas, algunos contemporáneos suyos, estudiosos de su novela en nuestro siglo y en días recientes; sumados unos a otros se obtiene una cierta base que apoya la presunción de partida.

A que pensemos en la posibilidad de esa clave contribuye no sólo la verosímil o comprobada identificación de personajes de la novela con personajes ovetenses, sino también la ubicación cronológica de la acción de *La Regenta* que, por algunas indicaciones al paso, cabe situar con «aproximada justeza» entre 1877 y 1880, y la existencia para su desarrollo de un espacio geográfico que es el de la ciudad de Oviedo, con alguna escapada a lugares próximos. Un punto de partida, pues, Oviedo, para una novela realista cuyo

autor, sin embargo, modificó y añadió libérrimamente, llevado por su capacidad creadora que supera con mucho la simple transcripción de una realidad conocida, vivida.

Modificación de la realidad que resulta patente cuando se examina de cerca la topografía urbana de Vetusta en barrios, calles, plazas y paseos, conventos e iglesias: Alas cambia, por ejemplo, los nombres de las parroquias, o mezcla rasgos típicos de los paseos del parque de la ciudad por medio de préstamos de unos a otros. Desorienta, en suma, al lector que busque la equivalencia con la realidad, ofreciéndole referencias contradictorias, reales y sobrepuestas, que terminan impidiendo la segura identificación. Ese modo de utilización de la realidad como punto de arranque y su posterior modificación aleccionan acerca del modus operandi del novelista; el juego de alteración y confusión deliberadas apunta, creo, a la existencia de una clave ovetense en la novela (topográfica en este caso), una especie de guiño burlesco y cómplice del autor a ciertos posibles lectores de su novela.

Hay en *La Regenta* varios episodios (o situaciones) que tuvieron base en la realidad vivida y conocida por Alas o a él comunicada. Asimismo, se da una identificación (asegurada por el propio escritor) de los dos más encumbrados personajes eclesiásticos de la novela: el Magistral y el Obispo de Vetusta, Fermín de Pas y Fortunato Camoirán.

De esta curiosa, pintoresca clave local, ¿es lícito remontarse a otra más amplia y general? España, la España de la Restauración canovista, sería enton-

ces el territorio, moral más que físico, para presentar y desarrollar la acción. Vetusta se convierte así en una especie de símbolo o emblema de una realidad negativa y asfixiante padecida por Leopoldo Alas —en Madrid, en Zaragoza, en Oviedo— y por él denunciada, no sólo en forma de relato novelesco, y antes y después de *La Regenta*.

¿No podría haber otra clave más íntimamente personal que nos permitiera concebir *La Regenta* como un desahogo (catarsis o purificación) de su autor con respecto a la sociedad provinciana que le rodea y agobia, como fue el caso de los frustrados Ana y Fermín, vencidos en sus aspiraciones de mayor vuelo y altura? Si el personaje de Ana es imaginado y no real, si Leopoldo Alas pudo sentir (como Flaubert con su heroína) que Ana soy yo; si nuestro escritor se encontraba más bien a disgusto en Oviedo, rodeado de abundante incomprensión, suspicacia y tontera —esto es, de los «seudos» o inautenticidades de que hay muestra cumplida en la novela—, ¿por qué extrañarse de semejante posibilidad?

Las falsedades de una sociedad provinciana

Los «seudos» (o inautenticidades) más notorios de la novela de Alas son, de menor a mayor: la *seudo-política*, la *seudo-cultura* y la *seudo-religión* de una sociedad provinciana cerrada sobre sí misma, que habita en una ciudad pequeña así en lo geográfico como en lo intelectual y moral. El novelista testimonia y denuncia no sólo como espectador que da fe, sino

FUNDACION JUAN MARCH
CURSOS UNIVERSITARIOS 1984/1985

Cien años de
«La Regenta»

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO



OCTUBRE 1984

Martes, 16
RECEPCIÓN DE «LA REGENTA»

Jueves, 18
«LA REGENTA», ¿UNA NOVELA DE CLAVE?

Martes, 23
LAS FALSEDADES DE UNA SOCIEDAD
PROVINCIAL

Martes, 29

también en cuanto moralista que comenta y alecciona, deformando a veces, esperpentizando inclusive, personajes y situaciones.

Leopoldo Alas, que tan directa y abundantemente y con tanto encono arremetió contra la Restauración y su máximo dirigente (en artículos periodísticos y en el folleto *Cánovas y su tiempo*), repite en *La Regenta*, a trasmano de la acción-núcleo, su ataque a un sistema político que estimaba gravemente corrupto y reaccionario. Si Vetusta fuera trasunto fiel y completo de Oviedo, la ciudad en que vivía y ejercía de catedrático el autor de *La Regenta*, falta en la novela la presencia de la Universidad, donde se iniciaba por entonces un proceso de mejoría radical merced, sobre todo, a la incorporación de

nuevos docentes (Leopoldo Alas, entre ellos). Isla selecta para el novelista, la Universidad, su segundo hogar, no era merecedora de la arremetida generalizada contra Vetusta y creo que, por lo mismo, se hallaba ausente del juego censorio.

Apariencia y no otra cosa era el interés de las damas vetustenses (y también de lo que el novelista llama irónicamente «el resto del público ilustrado de la culta capital») por el teatro, sólo pretexto o tapadera y no oportunidad cultural, pues lo que importaba en su asistencia al coliseo de la plaza del Pan era «pasar tres horas cada dos noches observando los trapos y los trapicheos de sus vecinas y amigos (...)».

La «superstición», «forma lamentable» de entender y practicar la religiosidad en Vetusta, individual y colectivamente, era cosa también que molestaba mucho a Leopoldo Alas, más respetuoso con las realidades sobrenaturales que algunos creyentes practicantes. Poco cultos resultan ser los capitulares catedralicios (lo más encumbrado del clero diocesano), con la excepción del Magistral. Más se parecen a unos burócratas adocenados y aburridos que a verdaderos sacerdotes y constituyen, por lo mismo, realidad muy a mano para el ejercicio de la ironía.

Ambitos novelescos

Ambitos y espacios novelescos son los lugares, interiores o exteriores, más o menos reducidos o extensos, cerrados en sí mismos o abiertos, en los que, de modo evidente y reiterado, se produce una concentración significativa de la peripecia de la novela, ya se produzca por me-

dio de los protagonistas o personajes o por la intervención del omnisciente y todopoderoso autor (en forma de apartes, acotaciones o comentarios a su cargo) e, igualmente, y más usual, por la mezcla de ambos modos.

Cabría referirse en el caso de *La Regenta* a un ámbito *eclesiástico*, un ámbito *nobiliario*, un ámbito *burgués* y un ámbito *natural* (o no urbano). Tenemos, pues, tres ámbitos urbanos, propiamente ciudadanos o capitalinos, y otro radicado fuera de sus murallas (reales y simbólicas).

a) *Ambito eclesiástico*.—Si su foco de concentración e irradiación más importante, cuantitativa y cualitativamente, está en la Catedral, cierto es que hay otros focos que —como el palacio episcopal y alguna iglesia—, extienden y diversifican la presencia de este ámbito. Fermín de Pas, el Magistral, señorea el ámbito eclesiástico y dirige a buena parte de sus integrantes —los devotos, los penitentes que le tienen como confesor—. Este ámbito está prestigiado por la historia y la tradición, apegado con tenacidad a unas arraigadas costumbres convertidas en fácil rutina.

Marca la Catedral de Vetusta con su presencia frecuente algunos de los momentos-hito de la novela, concediendo cobijo a pasajes y situaciones de máxima significación así estructural como argumental, abriendo y cerrando el más extenso ámbito que constituye por sí misma la novela.

b) *Ambito burgués (o Casinariano)*.—El Casino de Vetusta es el foco de este segundo ámbito. Ciertos momentos-hito de la novela atañentes a la relación Ana-Mesía suceden en el Ca-

sino. Este es también un ámbito anclado en la conformidad con lo vigente, una costumbre hecha ley que no consiente cambios. Se refuerza de este modo lo que pudiera considerarse inmovilismo sustancial de la sociedad vetustense.

Casino y Catedral, ámbitos tan parecidos entre sí, salvadas las naturales diferencias, se oponen, no obstante: la Catedral, imperio de don Fermín, aparece enfrentada en el juego vetustense al Casino, dominio de Mesía, sede propicia para el anticlericalismo.

c) *Ambito nobiliario*.—La «clase» tiene en el palacio de los Vegallana su foco más importante y en los marqueses su más encumbrada representación. No hay en este ámbito un personaje dominador, porque sus representantes no son otra cosa, pese a todo (prestigio y poder), que unos espectadores de primera fila, no protagonistas de la historia que se cuenta en la novela.

d) *Ambito natural (o no urbano)*.—Campo o ámbito natural hay en muchos capítulos de *La Regenta*, con una función de contrapeso al predominante ámbito urbano. Frígilis (Tomás Crespo) señorea con su presencia este cuarto ámbito, pero creo que es a Ana Ozores a quien corresponde el primado. El campo, la naturaleza, aunque sea en breve contacto, le traen olvido de sus querellas, la hacen salir de su ensimismamiento negativo, curar física y psíquicamente.

Este examen-recuento muestra, creo, fehacientemente la complejidad y compacidad del universo creado por Leopoldo Alas en *La Regenta* y apoyado en una eficaz y bien dispuesta estructura. ■